

todas vuestras fuerzas, para no perecer de pavor al sentir la infame negación que envuelve la verdad más alta que puede saberse; el devenir es ciclico. Una infinidad de veces el Oriente bárbaro caerá como aciaga tormenta sobre la Grecia de los Temistocles y los Milciades. Una infinidad de veces se precipitarán los bárbaros de Atila sobre los escombros del Imperio Romano. Una infinidad de veces habrá esclavos y señores; feudales y pecheros; opulentos burgueses y miserables asalariados. Una infinidad de veces han subido y subirán los Cristos al Calvario y los Sócrates beberán la cicuta. El progreso es un nombre. La humanidad un Sisifo incansable.

Según mi criterio, y aun cuando se haya dicho que la discusión de la tesis del «retorno eterno» es imposible (dado que hace entrar en su enunciado la noción negativa de infinito), creo que la admisión de las conclusiones kantianas que hicieron del tiempo y del espacio formas á priori, independientes de los atributos de las cosas, es la causante directa de las deducciones de Nietzsche. Si se concibe el tiempo como la sucesión, como el orden de las mudanzas, nada tiene de absoluto que pueda existir fuera de la realidad, pues, como dice el filósofo: «una duración sin algo que dure, un orden de mudanzas sin algo que se mude, son ideas generales que sólo pueden concebirse por abstracción.» El tiempo es una idea que comprende todas las secuencias, no una forma de las cosas, ni una forma de las ideas independiente de los atributos de las cosas, sino una relación, un atributo repe-

tido innumerablemente y convertido en forma de las ideas mediante la herencia psicológica de las generaciones precedentes, organizada en el lento transcurso de los siglos. Si el mundo, esto es, la materia en movimiento, se reduce á una sola representación: la de fuerza; y sus múltiples manifestaciones á una sola ley: la persistencia de la fuerza; entonces tendrá que aceptarse, como dice Spencer, «la persistencia de una causa que sobrepasa nuestro conocimiento y nuestra concepción.» Afirmando, afirmamos una realidad incondicionada, sin principio ni fin. «Ahora bien, la idea de un tiempo infinito, es la de una fuerza que obra infinitamente de una fuerza constante que ni aumenta ni disminuye.

Al desarrollarse «una realidad incondicionada sin principio ni fin» en el infinito del tiempo, nunca se repetirá la misma distribución de la fuerza; nunca se reproducirán las causas suficientes de un solo fenómeno; mas como Nietzsche ha negado en su criterio todo realismo, concibió el «retorno eterno» como consecuencia indeclinable de un mundo fenomenal finito, evolucionando dentro de la inmensidad del tiempo.

El pesimismo cosmológico, ético y estético, es indemostrable. Todas las auroras anuncian un advenimiento; todos los instantes llevan consigo algo que no volverá á ser. El hombre es perfectible. La evolución no es ciclica. Nietzsche ha probado con sus diversas teorías, la originalidad de su genio; pero la complejidad del mundo es más compleja que el genio de Nietzsche.



## CARDUCCI

Para la "Revista Moderna."

Ha partido el Maestro . . . cruza lenta la barca  
De Thánatos las ondas calladas del Estigia;  
En la ribera obscura, erguida está la Parca  
Atropos, coronada de asfodelos de Trigia.

Al golpe de los remos, la onda negra enarca  
Su lomo hirsuto . . . Gimen los cisnes del Estigia;  
El terrible barquero sonríe ante la Parca  
Atropos, coronada de asfodelos de Trigia.

Una gran sombra blanca, con su fulgor alumbra  
Del tenebroso Esefo la trágica penumbra;  
Y la gran sombra blanca ilumina el Letheo . . .

Entonces, desde el fondo de los bosque sagrados  
Avanzan, en teorías, los genios inspirados;  
Y al que llega, en sus brazos recibe el dios Orfeo!

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra, Febrero, 1907.





## LITERATURA HISPANO-AMERICANA

Nadie admira más que yo el empuje fecundo y triunfal de nuestra América española. Hemos realizado un avance tan portentoso en todos los órdenes de la actividad, que parece el nuestro un continente privilegiado, donde basta tocar la tierra, para hacer brotar la civilización. Pero esta certidumbre feliz, no puede impedirnos reconocer que, por causas múltiples, asoma á menudo en la raza más inclinación á destruir que á realizar. Si la fuerza perdida en encender revoluciones y derribar gobiernos para reeditar después, bajo otro lema, las mismas ingenuidades, la hubiéramos empleado, de un extremo á otro del continente, en trazar ferrocarriles, suscitar iniciativas, organizar la democracia y domar la naturaleza, nuestras naciones victoriosas se hallarian hoy en la cúspide del adelanto material. Claro está que si medimos la distancia recorrida, se nos sube á los ojos una llamarada de orgullo. Pero la costumbre de vivir emboscados al borde de la carretera para apedrear al que pasa, ha entorpecido desgraciadamente el florecimiento espontáneo de

la región. Ocupados en impedir la obra de los demás, no nos ha quedado á veces tiempo para realizar la nuestra. Y la impaciencia del mando moral ó material nos ha imposibilitado de tal suerte en algunos casos, para ejercer acciones durables, que casi se podría decir que hemos procedido colectivamente á la manera de esos ilusos que mal gastan en mentirse la apariencia de la celebridad, el tiempo que pudieran emplear honradamente en conseguirla.

Demás está decir que estas tendencias genereles se han reflejado en la literatura. Nuestro mundo intelectual tomó en ciertos instantes la forma quimérica de un interminable balcón atestado de espectadores que acechaban al transeunte para apabullarle el sombrero. Y aunque una juventud vigorosa y sana, capaz de sentir la alegría y el orgullo de la creación, ha reaccionado gallardamente contra esas tradiciones pueriles, aún quedan grupos bravíos que se ensañan contra todas las realizaciones, hasta contra aquellas que les son fundamentalmente favorables.

De ahí la placidez con que he aceptado

los artículos en pro y en contra de mi «Antología.» El hecho de haber puesto á la disposición de la juventud del continente un editor y una casa propia en un libro abierto á la colaboración común, no me parece digno de los aplausos entusiastas de los unos ni de los severos reproches de los otros. Pero los comentaristas tienen siempre razón y quiero creer que saben de estas cosas mucho más que los autores. Por eso he respondido mansamente, aquí y allá, con *in tenui labor* conciliante; que si los elogios no me han envanecido nunca, las críticas no me han emocionado tampoco. Además, los papeles tardan tanto en atravesar el Océano, que es imposible sostener polémicas desde Europa. Al cabo de dos meses, nadie se acuerda del artículo que provocó la contestación. Sin contar con que estas escaramuzas de alta esgrima no alcanzan nunca á modificar la opinión de nuestros amigos, ni de nuestros adversarios. Sólo por cortesía puedo, pues, formular en un paréntesis algunas aclaraciones generales y contestar suscintamente á todos, á propósito del artículo publicado en estas mismas columnas.\*

\*  
\* \*

Cuando el Sr. Rodó, que no transige con los optimistas, me reprochó no sé qué concesiones al amor propio colectivo (sin reparar en que, si yo he sido pródigo en los elogios, él lo ha sido en las críticas, y así hemos resultado dadivosos los dos), llegué á preguntarme si puede ser preferible la concepción hosca y glacial de los sedientos de jerarquía que multiplican los anatemas y se creen inatacables porque son menos malos que los demás. Pero un verso de Virgilio bastó para desvanecer mis

\* Se refiere el autor á «La Nación,» de Buenos Aires.

perplejidades y no tardé en retornar hacia los que abren los brazos bajo el sol, abarcan grandes conjuntos y descubren lo bello en todas partes. Porque no cabe duda de que la vida y los hombres son una mezcla gris de grandeza y de pequeñez, de perfección y de fealdad, de armonía y de discordancia. Lo plausible y lo reprochable están casi siempre unidos, como el metal y la escoria. Y las divergencias de apreciación sólo derivan de los ojos del alma. Unos ven las espinas á través de las rosas; otros las rosas á través de las espinas. Estos sólo se detienen ante los defectos; aquéllos no buscan más que las cualidades. Y todo resulta, en realidad, del color de nuestras fibras interiores, porque lo bueno ó lo malo de las cosas depende del espejo que las retrata; y así como el diamante sólo refleja en el oro su luz, en la piedra proyecta su sombra exclusivamente.

Esto no es, después de todo, más que una opinión personal. Las generosidades del carácter, podrán ser bienhechoras ó nocivas. Pero en todos los casos debieran servir para hacer imposible la sospecha de menguadas exclusiones y de olvidos estériles. Mi amable contradictor no lo ha pensado así; y como no alimento contra él la más leve animosidad, voy á contarle la historia de nuestra pequeña «Antología.»

Todos están de acuerdo en afirmar que era urgente reunir en un tomo el pensamiento y la obra de las nuevas generaciones. Nuestra joven literatura, casi tan desconocida en América como en Europa, estaba pidiendo un colector. Sin embargo, ninguno de los críticos á quienes hubiera correspondido la iniciativa se decidió á intentar el esfuerzo necesario... y peligroso. Yo pensé que esa reserva no era una razón para que el libro se quedara sin hacer, como no le eran tampoco los rencores pasajeros que fatalmente se tenían que acumular sobre él autor; y en ausen-



cia de los que debieron realizarlo, me adelanté, con grave perjuicio de otras labores más personales, á compilar prosaicamente el volumen. Claro está que la obra no resultó perfecta, porque ninguna lo es y porque ésta presentaba dificultades insalvables. Pero ella significa, por lo menos, un pequeño sacrificio de amor propio y un esfuerzo honrado para llenar una necesidad común.

No es posible reunir materiales y datos completos sin el auxilio de los mismos escritores. Y como no todos contestaron á la nota que les envió el librero, la primera edición tuvo que resultar deficiente. En vano tratamos de remediar el mal, en la medida de nuestras fuerzas, aprovechando las páginas que la casualidad ponía á nuestro alcance. Los que por modestia, como Emilio Becher, ó los que por orgullo, como tantos otros, se abstuvieron de acudir á la llamada fraternal, cavaron un hueco penoso que ansiamos llenar por todos los medios, pero del cual no somos responsables. Bien sé que faltan los nombres de Pedro Emilio Coll, César Zameta, Baldomero Zanin Cano, Clemente Palma, F. García Calderón, Juan Agustín García, Carlos Reyles y Ricardo Jaimes Freyre, y además los de Eduardo Ferreira, Carlos Roxlo, Andrés Mata, Marco Avellaneda, Henríquez Ureña, Froilán Turcios, Efrén Rebolledo, Arturo Ambrogi, y tantos otros, á quienes el crítico, tan olvidadizo como el colector, ha dejado, á su vez, en la penumbra. Pero yo, menos severo que él, no se lo reprocho, porque todos los que están en contacto directo frecuente con la intelectualidad de América, saben cuán difícil resulta hacer un censo definitivo de la población literaria diluida en tan vastos territorios, y recordar, en todo momento, los nombres de prosistas y poetas que viven en países lejanos y que escriben de una manera intermitente. Con el concurso

de todos, esperamos remediar estas deficiencias en una próxima edición. Pero, como no es posible añadir los 183 nombres nuevos que me ha señalado hasta ahora la crítica intercontinental, siempre ha de haber quien se crea perjudicado y ofendido.

La literatura hispano-americana parece una selva confusa y en cierto modo misteriosa. Si es difícil descubrir desde París la nacionalidad de determinados escritores de residencia variable y de mariposeo habitual en las revistas juveniles, ¿cómo no ha de serlo adivinar la edad de cada uno, en sociedades improvisadas, donde éstos son célebres á los veinte años y aquéllos empiezan á escribir á los treinta? Confieso que, en más de un caso, he apuntado nombres sin saber si cabían dentro de los límites que me impuse en lo que respecta á la edad. ¿Cómo descubrir á los que han pasado de los cuarenta, si nos conocemos tan superficialmente que, á veces, no atinamos á escribir los apellidos con exactitud, y si carecemos á tal punto de datos certeros, que del mismo Sr. Rodó, yo no sabría decir si figura en la «Antología» á título de precursor ó á título de joven?

Cuando me repiten que faltan algunos literatos ilustres, contesto sin vacilar: los añadiremos. Pero cuando me anuncian que sobran otros, no puedo decir lo mismo, porque si dentro del tejido sutil de malquerencias literarias escucháramos á todos los que piden exclusiones, se desvanecería el tomo. Además, yo no he hecho la «Antología» desde un punto de vista crítico, que me hubiese obligado á violentar mis convicciones para erigirme en juez. Comprobé que tales y cuales autores gozaban de cierta reputación en su comarca y los anexé á la obra, sin cuidarme de pesar escrupulosamente sus méritos. A ello me empujó también la convicción de que todo es relativo. De establecer á la entrada una

censura severa, no sólo corría yo riesgo de dejar el libro en blanco, sino de descubrir con mis propias armas de crítico la incapacidad en que me encontraba para juzgar á los demás.

La obra será deficiente; pero, ¿quién se atreve á hacer una perfecta? Todos sabemos las dificultades que ofrece una antología, y salta á los ojos que la mejor de todas no puede responder á la concepción particular que cada uno se hace de la literatura. Lo único que puedo afirmar es que nadie emprendió nunca nada con un espíritu más imparcial y más probo. Claro está que el libro ha sido compilado y compuesto con cierta precipitación, como todo tiene que serlo en nuestros países donde

se improvisa la vida y donde los hombres nuevos sienten pesar sobre sus hombros la responsabilidad de las cosas múltiples y contradictorias que urge acometer.

Pero una antología de jóvenes ha de ser espontánea como la juventud. Y aunque no he empleado largos años en medir las proporciones, sé que el pequeño libro que he entregado á mi generación para que ésta le dé la forma definitiva, servirá, á pesar de sus defectos, para representar ante el porvenir nuestra literatura reciente. Si una duda me quedara, se desvanecería ante la aspereza con que lo han criticado algunos.

MANUEL UGARTE.

(Continuará).

## EL SEÑOR DON RAMON CORRAL,

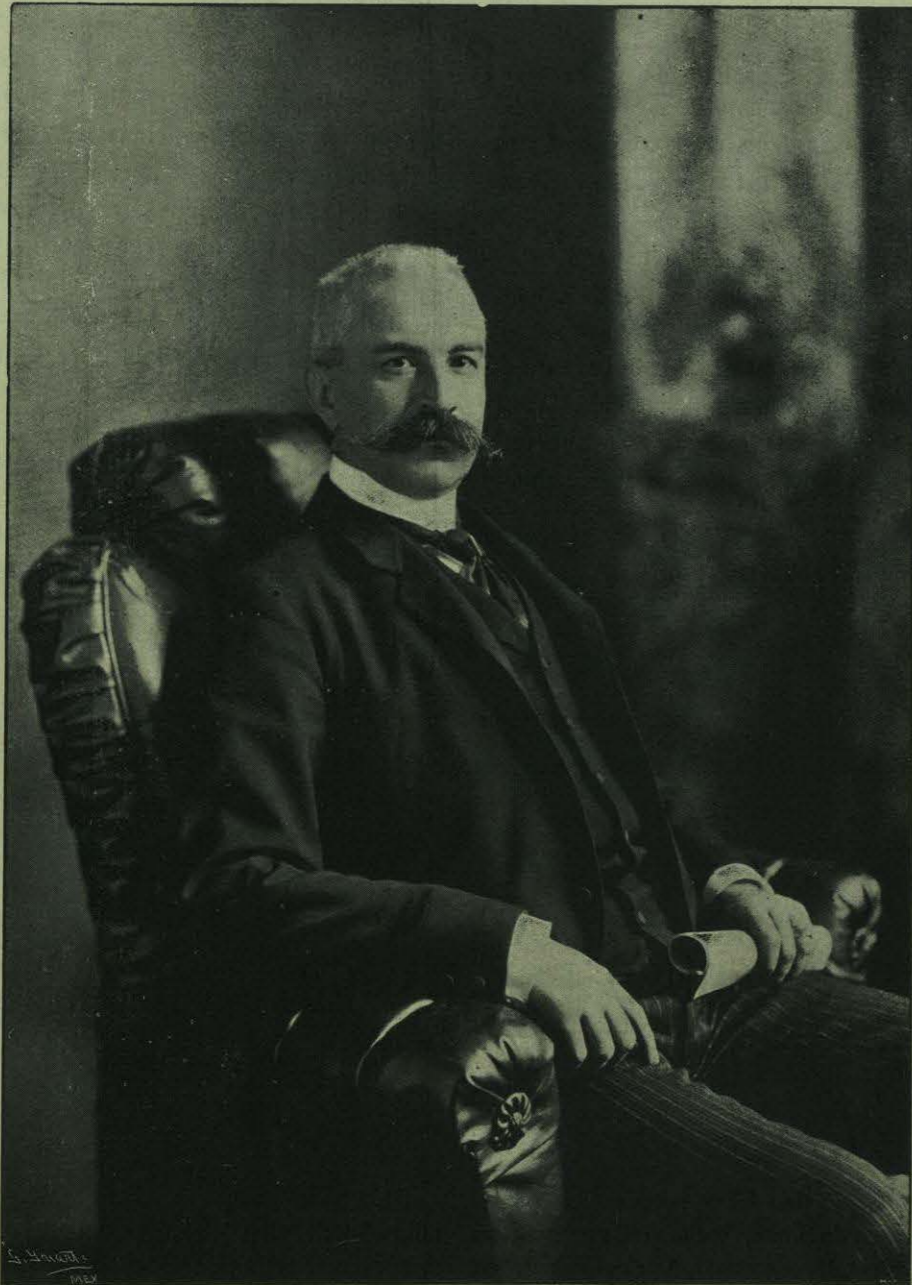
VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

después de una larga permanencia en los Estados de Sonora y Sinaloa, por motivos de salud, ha regresado, á principios de los corrientes, á la Metrópoli, siendo recibido en la estación á su llegada, por el señor Presidente de la República, General Porfirio Díaz; el señor Ministro de Hacienda, D. José Yves Limantour; el señor Ministro de Fomento, Lic. D. Olegario Molina, y otras muchas altas personalidades.

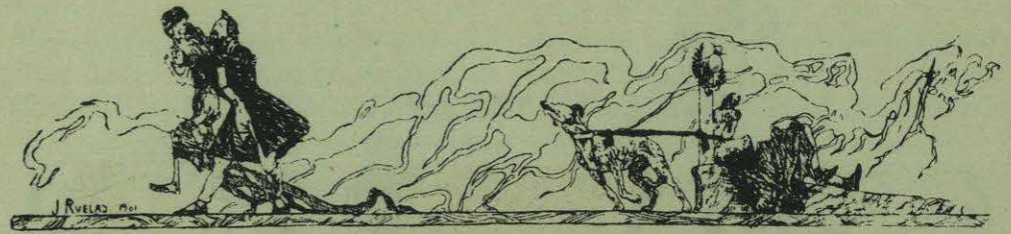
Ya la prensa diaria ha dado amplios detalles del viaje del Ministro señor Corral y de las sinceras muestras de simpatía, muy merecidas, de que fué objeto durante el trayecto.

La «Revista Moderna» tiene el gusto de dar la más entusiasta y respetuosa bienvenida al señor Vicepresidente D. Ramón Corral.





SR. D. RAMÓN CORRAL,  
Vicepresidente de la República y Ministro de Gobernación.



## CUARTO DE HORA

La cigüeña, la clásica cigüeña  
de la hortaliza, ordeña  
la ubre del cangilón. Y mi alma sueña  
nerviosamente, hija del molinero.

Con tu vestido á cuadros, tu sombrero  
de mimbre y tus pupilas de gitana,  
sospechosas como un desfiladero,  
haces de mí lo que te da la gana.

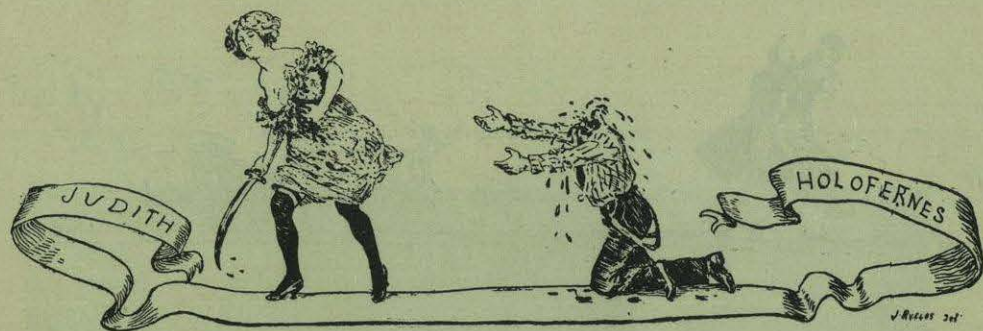
Me impaciento fumando cigarrillos  
adosado á la alberca de ladrillos,  
porque tú no vendrás. El cielo arde

y tal parece que chisporrotea  
la antorcha vespéral. Y silabea  
el agua en el silencio de la tarde.

LUIS C. LÓPEZ.

(De «Senda Nueva,» Revista Colombiana).





## LA MÁSCARA

En tierna edad casó Luisa con D. Juan Miller, un inglés ya maduro, de ojos candorosos y azules de niño, y de sonrisa dulce y benévola. Vivieron felices durante largos años. Luisa le quería con afecto filial, y él la adoraba con pasión senil, tranquila, pero intensa; mas un corazón juvenil no huelga siempre, y sucedió que Luisa se enamoró de un joven llamado Mario, amigo muy querido de D. Juan, quien, cegado por su bondadosa inocencia, no advirtió que su Luisilla perdía los cascos, y se inflamaba en pasión peligrosa.

De las miradas amorosas, pasaron Mario y Luisa á los coloquios íntimos y ardientes, y presos del frenesí pasional, espoleados por ansias desesperadas de una felicidad paradójica, delirando de amor, discurrieron huir en busca del nido lejano y tentador que acariciaba su esperanza, y abandonar al buen viejo que continuaba viviendo sosegado, ajeno á toda sospecha, y contento, como siempre, de su esposa.

No anduvieron los amantes muy discretos, pues el día en que iba á efectuarse la fuga, recibió D. Juan una carta en que se la noticiaban. Leyó el viejo la carta con asombro, y siendo leal y franco, discurrió ense-

ñársela á Luisa, y con tal fin fué en su busca, habiéndola encontrado en traje de calle, próxima á salir; ella, que no le esperaba, al verle se turbó, y aparentando calma, con gran esfuerzo le dijo: Juan, voy á casa de mi prima, me ha llamado diciéndome que está enferma. D. Juan la quedó viendo, advirtió que estaba agitada, que palidecía, y comprendiendo que le mentía, de un golpe se convenció de la realidad de su desgracia. La estupefacción no le permitía articular palabra, y la carta se le escapó de las manos. Luisa adivinó que estaba descubierta, y audazmente dijo: bien, Juan, ya vuelvo, adiós. El viejo, con voz tremante de emoción, contestó casi inconsciente: «good by.» Luisa. Pronunció estas palabras Don Juan con tanta ternura, con dolor tan amargo, que Luisa estuvo á punto de arrodillarse á sus pies, mas en esos momentos se sintió arrastrar hacia la calle, y salió aturdida.

D. Juan quedó en pie, su alto cuerpo erguido se dobló y decaeció, su faz pálida y marchita fué tomando un aire de estupidez, y un sollozo de niño estalló en sus labios, á la vez que las lágrimas en raudal brotaban de sus ojos.

Luisa, una vez en la calle, tomó rumbo al

lugar de la cita. Caminaba con paso vacilante, el remordimiento laceraba su alma y no se atrevía á ver á nadie, temerosa de un reproche. Se acercó á la parada de un tranvía; cuando éste llegó no tuvo ánimo de subir, y continuó su camino á pie. Tenía miedo de ver á Mario. A su paso se interpuso una mendiga y extendió la mano pidiendo una limosna; medrosamente le dió una moneda y siguió adelante. Poco le quedaba por andar. En la acera, una señora y una niña, ambas rubias, conversaban alegremente, y cuando ella pasó á su lado, la niña se despidió diciendo: «good by,» mamá. Al oír estas palabras, Luisa se detuvo, recordó á D. Juan, se le llenaron de lágrimas los ojos y regresó á su casa.

Al entrar en sus departamentos, encontró á D. Juan llorando sobre su cama. Al verla el viejo, se puso en pie, y ella se arrodilló, diciendo: perdón, perdón. La tomó él entre sus brazos, y ella también lo abrazó, reclinándose á gemir sobre su pecho. Mientras permanecían entrelazados, la sombra iba avanzando tristemente, y un sentimiento angustioso de desolación iba brotando de lo íntimo del sér de cada quien. Pasado algún tiempo, D. Juan llevó delicadamente á Luisa á su lecho, y diciéndole, descansa, la acostó y se dispuso á salir. Luisa se incorporó violentamente, é implorante, le dijo: no te vayas, no me dejes. El le contestó abatido: ya estamos muy lejos uno de otro, y se fué á su aposento.

D. Juan estuvo paseándose agitado durante largo rato, rumiando su dolor, y tras mucho cavilar, resolvió regresar á su país y dejar en libertad á su esposa. Sintiendo abatido se sentó; su organismo entero, con una sensación extraña de malestar, protestaba por la separación de Luisa. Encendió un cigarro, y después de darle algunas fumadas, lo dejó en el cenicero. Sus ojos divagados seguían la espiral de humo que ascendía trémula, y acababa por disolverse en el aire. Una calma triste dominaba su ánimo; algo moría en su sér, y se escapaba como el humo del cigarro, dejándole tan sólo cenizas. Cuando se perdió la última nu-

becilla de humo, dió un gran suspiro, y exclamando, ¡paciencia! se incorporó. Como hoja de acero que pierde el temple, su cuerpo y su espíritu se habían reblandecido y aflojado.

Serían las once de la noche cuando comenzó á sentir un ligero sopor: es sueño, se dijo, y se desvistió para acostarse. Ya en el lecho, notó que sus piernas se entumescían á la vez que una sensación dolorosa y rara avanzaba de sus muslos hacia arriba. Comprendiendo que algo grave le ocurría, se levantó violentamente y se puso una bata. Sentía opresión en el pecho, y la aflicción le ponía fuera de sí. De súbito le asaltó la idea de que se moría, y arrastrando los pies, se dirigió á las habitaciones de Luisa, cuya puerta, que encontró cerrada, abrió de un empujón. Vaciló un momento en el dintel de la puerta, dijo, «¡good by,» Luisa! y cayó de espaldas, muerto.

Sus ojos azules y candorosos de niño, quedaron fijos en Luisa, que de pie, é inmóvil, lo contemplaba.

Pasaban los segundos, los minutos y las horas, sin que Luisa se moviera. El espanto la tenía paralizada ante el muerto, cuyos ojos sin brillo la dominaban, y no podía dejar de ver. La cara del viejo se fué contrayendo en un gesto angustioso que expresaba, no el miedo ni el pesar de morir, sino la humillación ante lo ineluctable, el desengaño amargo y el desdén doloroso por el mundo. Aquella boca benévola, contraída en un gesto de angustia; aquella máscara de terrible desesperación inconsolable, modelada por un misterio doloroso, irradiaban un frío terror, que infiltrándose hasta en la médula de sus huesos, la iba lentamente asesinando.

Clareaba el día cuando penetró un criado á las habitaciones, y al ver en el suelo á D. Juan, se detuvo asombrado. Luisa, con palabra tenue y lenta, le dijo: yo lo maté, y cayó sin vida.

México, Febrero de 1907.

RUBÉN VALENTI.